



El mariscal Tito, en el centro de la fotografía, con miembros del comité central de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia. De izquierda a derecha: Dusan Alimpić, Vojo Sztančić, Angel Comerski, Vladimir Bakarick, Viduje Zarković, Lazar Kolisevski, Cvjjenin Mijatović, Fadil Hodza, Mahmud Bakali, Milka Pieninc, Dusan Dragosavac, Nikola Stojanović, Stevan Dorjaki, Tihomir Vlaskalić, Edvard Kardelj (fallecido en febrero del año pasado), Franc, Popit, Veselin Djuranović, Stane Dolanc, Nikola Ijubčić, Branko Mikulić, Milos Mimić, Aleksander Grlickov, Petar Stambolić.

LA GUERRA POR YUGOSLAVIA

EDUARDO HARO TECGLÉN

LOS Balcanes fue el nombre que se le dio a la premonición de guerra en Europa durante todo el principio de siglo. Los Balcanes son los montes que se extienden al Sur del Danubio; es, por extensión, la península sudoriental europea, en la que participan Bulgaria, Albania, Grecia, Turquía y Yugoslavia. El trasiego de gentes —ejércitos, mercaderes— entre Asia y Europa pasó por los Balcanes, dejó minorías establecidas: con fueros, religiones, costumbres, ansiedades. No se consiguió el "melting pot" de que hablan los antropólogos, la suma de fuerzas genéticas y culturales distintas que pueden organizar un gran poder —como en los Estados Unidos—, sino la discordia continua. Se atizaba desde fuera: el valor estratégico de la zona enardecía a los grandes imperios, que no sólo trataban de dominar por la ocupación directa, sino levantando unos pueblos contra otros. El Imperio otomano dominó los Balcanes y toda una extensa zona que iba desde el golfo Pérsico a Marruecos, desde Crimea hasta casi Viena. Desafiado por Europa Occidental, fue desintegrándose y cayendo; quedaban intactas las viejas querellas y, entre otras, la cuestión balcánica. Es curioso —y al mismo tiempo dramático— comprobar que las bombas que estallaron en la Gran Vía de Madrid en la noche del viernes pasado proceden, todavía, del Imperio otomano y su caída, de la cuestión balcánica:

son la protesta de los armenios, una de las minorías reprimidas en la extensa zona.

La "cuestión balcánica", las "guerras balcánicas", terminaron en la primera guerra mundial, o fueron uno de sus pretextos. Tras ella, con la victoria de los imperios periféricos sobre los centrales, se configuró el mundo balcánico casi como ahora lo conocemos. Se dio entidad nacional a Albania, se creó Yugoslavia por la unión de serbios, croatas y eslovenos. Una unidad difícil. La segunda guerra mundial repartió el campo balcánico: Turquía y Grecia —esta última, con una larga y dolorosa guerra civil-imperial— quedarían en la órbita de Occidente; tendrían que sujetarse con dictaduras, frecuentemente sangrientas. Bulgaria, Albania, Yugoslavia, entraban en el mundo comunista, también sobre unas estructuras dictatoriales que trataban de impedir cualquier otra vocación. No lo consiguieron. Si Bulgaria —la patria de Dimitrov— continúa adscrita fielmente a la Unión Soviética, Albania emprendería una curiosa aventura: a partir de 1961, una "disputa ideológica" la separó del Pacto de Varsovia, la mantuvo fiel a los principios de Stalin y la convirtió al maoísmo; los posteriores acontecimientos chinos la alejaron a su vez. Albania es hoy un país aislado y rígido, enemigo de la URSS y de China, pero también de Yugoslavia y de los países occidentales, recocida, refrita en su propio régi-

men, en un comunismo único que a veces toma contacto con los grandes extremismos mundiales. En cuanto a Yugoslavia, se desgajó de Stalin antes que nadie, pero tampoco se sumó a Occidente. Fue la obra de Tito. Creó un campo político propio, dio una doctrina de equidistancias al Tercer Mundo y las practicó. Tito las defendió, hasta el año pasado, en la Conferencia de La Habana, frente a una tendencia más inclinada a la URSS, o más claramente antimperialista, de Fidel Castro. Y ahora Tito se muere.

Es también curioso y dramático observar la fragilidad de cualquier construcción frente a la permanencia de las querellas, de lo destructivo. Tito se muere —o, por lo menos, pierde toda capacidad de continuar adelante en el poder— y lo que inventó, lo que creó, lo que difícilmente construyó con su país, puede desmoronarse. Y volvemos, otra vez, a una cuestión balcánica. Va a ser, está siendo ya, una nueva situación de crisis dentro de la crisis amplia y mayor. Los epicentros de esta crisis van sucediéndose rápidamente. Salta del Irán a Afganistán, de Afganistán a Yugoslavia. Se detectan —todavía no claramente— intentos de secesión dentro de Yugoslavia —los croatas, alentados por la extrema derecha, por los Estados Unidos—; se refuerza Turquía; Albania anuncia que luchará contra la URSS si ésta quiere enviar sus tropas a Yugoslavia; cierto

otomanismo reaparece en el mundo islámico. Los polemólogos, los estrategas, los observadores del mundo, de las relaciones internacionales, piensan que la tercera guerra mundial podría empezar en Yugoslavia. Es decir, en los Estados balcánicos, como antes, como siempre; en una zona estratégica necesaria antes y ahora, en el cruce de Asia y Europa, de Oriente y Occidente, en el bajo vientre de Europa, en las zonas del Mediterráneo y del Adriático, en las fronteras inferiores de la URSS.

Es prácticamente inverosímil la idea de que la URSS va a enviar sus tanques a Yugoslavia, como antes al Afganistán, antes a Checoslovaquia, antes a Budapest, para asegurarse una situación militar segura. En Estados Unidos se está diciendo que la campaña de Afganistán es sólo un ensayo general de una campaña contra Yugoslavia. Aun suponiendo una capacidad de error considerable en Moscú, dentro de la actual crisis de mandos que sufre, una invasión militar de Yugoslavia sólo podría hacerla si ha tomado la decisión de desafiar todos los posibles riesgos de una guerra mundial. Es decir, si sus computadoras y sus cabezas militares y políticas creen una de estas cosas: 1, que los Estados Unidos han perdido la capacidad de reaccionar militarmente; 2, que el cerco antisoviético que se viene dibujando desde hace años se acentúa de tal manera que só-

lo la violencia y la decisión lo pueden romper, a cualquier riesgo; 3, que están en condiciones de enfrentarse con la tercera guerra mundial. De otra forma, sería suicida enfrentarse con una situación caótica en los Balcanes mientras mantienen una guerra en Afganistán, mientras el mundo musulmán les desapruaba y se empieza a dibujar, tenuemente, la posibilidad de un entendimiento antisoviético entre Estados Unidos y el Irán.

Conviene no creer enteramente toda la información de fuentes antisoviéticas —que ya son muchas— sobre la resistencia armada en afganistán. Pero se puede creer parcialmente, y se puede admitir que van en aumento. La cifra de novecientos chinos combatiendo ya en Afganistán contra la URSS es inoperante: a menos que se entienda que esos chinos son portadores de un material bélico moderno. Pero el síntoma de que China ayuda militarmente a Pakistán, y refuerza sus fronteras con la URSS, no es desdeñable. Como no lo es la hostilidad del Irán o la política de fuerza claramente antisoviética que se conduce desde Turquía, comenzando con represiones interiores. La pérdida de la neutralidad yugoslava sería dramática para la URSS. Iniciar una invasión lo sería aún más.

Lo que, fuera de tremendismos o sensacionalismos, se puede calcular ya es que la URSS tiene preparado su "equipo" dentro de Yugoslavia. Tito y su país no han abandonado nunca el comunismo. Dentro del campo comunista hay siempre —todavía— grandes tendencias prosoviéticas: han estado menos reprimidas que las tendencias proocci-

dentes, que también existen. Dentro del país hay quien cree firmemente que la situación del tercer mundo en que se mantiene todavía Yugoslavia podría abrirse claramente con una adhesión al mundo de Occidente: las condiciones de trabajo, de industrialización, de explotación agraria, de turismo incluso, sólo necesitarían un paso leve hacia el capitalismo —sin perder conquistas del régimen— para convertirse en verdaderas riquezas. La acusación principal contra Tito, dentro de esos sectores, es la de que no ha sabido explotar su neutralismo para obtener las ventajas que le podría dar esa posición; ha sido una política de pobreza más que una política de riqueza. Dentro de ese sector están, naturalmente, los croatas, que atribuyen al comunismo el predominio de los serbios y su imposibilidad de alcanzar una nacionalidad; lo están también quienes aspiran a salir de una dictadura que, si bien ha sido menos rígida que en los países del Pacto de Varsovia, o en Cuba, mantuvo y mantiene purgas, censuras, limitaciones de libertades públicas.

El sector prosoviético, en cambio, estima que cualquier aproximación a Occidente significaría una venta y una caída en el colonialismo. No se ha dado todavía el caso —esgrimen— de que un país del Tercer Mundo se haya liberado de su miseria —antes bien, la ha profundizado— por haberse sumado a la órbita de Estados Unidos: la política de éstos ha sido y es la de hacer llegar las riquezas a las clases dirigentes y darles, con ellas, las armas para mantener oprimidos a sus pueblos. Yugoslavia ha consegui-

do una unificación de clases sociales, un reparto equitativo de bienes y trabajo, una transición hacia el comunismo ideal, y no puede dejarlos perder.

Estos son los dos grupos que, teóricamente, se han de enfrentar a la muerte de Tito. Teóricamente serían los comunistas puros los que tendrían más poder en ese momento y los que podrían dominar la situación, aun dándole un carácter distinto, o un aspecto distinto (de la forma en que las clases del franquismo han mantenido el poder, aunque con trasformología, dentro de



Ljazar Kolisevski, de sesenta y seis años de edad, vicepresidente de Yugoslavia.

España). Pero esto podría ser válido en cuanto a la pureza de la situación, y las situaciones políticas jamás son puras. Se sospecha que desde hace muchos años la Unión Soviética ha preparado sus cuadros, sus personajes, dentro de la situación yugoslava, y que están dispuestos a hacerse cargo de la situación; como se sospecha también que la CIA y otros medios de acción de los Estados Unidos están trabajando incesantemente en favor de la secesión yugoslava y en la adquisi-

ción, también, de notables y poderosos. Estos dos trabajos se han intensificado últimamente, se han multiplicado desde que se tuvo noticia de la enfermedad fatal de Tito. Si se llegase a la guerra civil, aun disfrazada de guerra de secesión, ninguno de los dos Estados mundiales dejaría de ayudar a la parte que le correspondiese. Una ayuda que puede precipitarlo todo.

Tampoco se puede excluir claramente que al titismo le suceda o le continúe el titismo: es decir, un reflejo de defensa frente a unas posibilidades de agresión o de intervención que condujese al caos. Es más, podría hasta predecirse que en los primeros momentos sería esta tendencia la que apareciese: continuar la línea yugoslava, el neutralismo, el tercermundismo. Difícilmente podría durar. La lección diaria es que cuando desaparecen los hombres fundamentales en las naciones, desaparece también su política, o las posibilidades directas de su política, aunque cueste un tiempo largo hacerlo así. Pasó con Mao y está pasando con Bumedian en Argelia, donde acaba de ser defenestrado su último gran fiel, Buteflika.

La disputa por Yugoslavia se anuncia importante y grave. Quizá en una situación normal, las dos grandes potencias conviniere en un status quo que mantuviera el neutralismo. Pero no estamos en una situación normal, sino en una de crisis muy fuerte. La desaparición de Tito no puede ser lo mismo ahora de lo que habría sido hace unos años o dentro de unos años. Cada hecho crea un contexto nuevo: pero también los contextos modifican la importancia de los hechos. ■



Tito, primero por la izquierda, en la conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de países no alineados en la primera conferencia, celebrada en Belgrado en septiembre de 1961. El mariscal estaría también presente en la celebrada el pasado año en La Habana. Entre otros, aparecen en la foto: el príncipe Norodom Sihanuk, el arzobispo Makarios, la señora Bandaranaike, Burguiba, Sukarno, Dorticós, Nasser, el Negus y Nehru.